

061. El Cielo en la tierra

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido desde los cielos con toda clase de bienes espirituales en Cristo!... (Efesios 1,3)

¿Se han dado cuenta ustedes de las veces que repetimos en la Iglesia estas palabras del apóstol San Pablo, nada más comenzada la carta a los de Éfeso?

En nuestro grupo se le ocurrió una vez al sacerdote que nos dirigía, hacernos esta pregunta: *¿Pueden decirme ustedes alguna gracia de esas que Dios nos ha concedido en Cristo Jesús?...* No era mala pedagogía. Todos éramos muchachos y muchachas inquietos y de bastante imaginación, así que empezó la lista larga, que hubo de cortar el director con estas palabras:

- O sea, que Dios nos ha dado TODO en Cristo, de manera que no hay NADA que no sea regalo de Dios en vistas a Jesucristo y por medio de Jesucristo.

Sin embargo, el profesor se limitó a hacernos una exposición de ese párrafo incomparable de Pablo al principio de la carta, que, al meditarlo, nos eleva a las mayores alturas del amor de Dios manifestado en nuestra vocación cristiana.

Pablo se desborda en este himno. De buenas a primeras se sube a lo más alto del cielo, se mete con audacia en la mente y en el corazón de Dios, y adivina la fuente de nuestra vocación cristiana: en un amor libre de Dios, desde toda la eternidad, mucho antes de la creación del mundo, está todo el secreto de nuestra elección. Dios se ha empeñado en colmarnos de bendiciones en vistas a Jesucristo.

Dios nos ama en Jesucristo. Y, al amarnos, se nos da con amor inexplicable, amor que nos arrastrará también a nosotros a amar a Dios con pasión incontenible, en una vida santa e inmaculada.

Santa Margarita María, lo comentaba con estas palabras magníficas:

- Poseo en todo tiempo y llevo conmigo a todas partes al Dios de mi corazón y al Corazón de mi Dios.

¿Cómo lo va a hacer? ¿Cómo nos va a comunicar Dios su misma santidad? Como Dios no tiene más que un Hijo divino, Dios determina incorporarnos a todos en su mismo Hijo, de modo que, al mirar Dios a Jesucristo, nos verá a todos los elegidos formando un solo Cristo, en el cual Dios Padre tiene todas sus delicias. ¡Todos los elegidos somos UNO en Cristo Jesús! ¡Y cómo nos ama nuestro Padre Dios!...

¿Y por qué lo hace? ¿Por qué nos elige, si no tenemos ningún derecho a una vida divina tan excelsa? ¿Por qué nos da un destino eterno tan grande, como es su misma felicidad? Dios Padre lo hace llevado sólo por su libérrima voluntad.

Lo quiere, y basta.

Lo quiere, y nada lo detiene en su ejecución.

Lo quiere, y para conseguirlo derrama su gracia en nuestros corazones.

Lo quiere, y lo hace para hacer brillar la gloria de su bondad inmensa, por la cual cosechará una alabanza sin fin de todos los elegidos, que no saldremos de nuestro pasmo por toda la eternidad.

Ante los ojos de la fe, son una pena inmensa esos corazones que no quieren entender esta gracia enorme de Dios, a la cual Dios los llama con apremio.

Nos lo explica este hecho que le ocurrió al Beato Enrique Susón, que al celebrar la Misa y decir: *¡Levantemos el corazón!*, pierde el sentido, queda en éxtasis ante el pasmo

de todo el pueblo, y le preguntan después de la celebración: *¿Qué ha pasado, Padre?* Y el santo no tiene más remedio que dar la explicación:

- *He visto el universo, y en él todas las criaturas, desde una hierbecilla hasta las estrellas, que alaban a Dios. Me parecía estar en medio de este concierto como maestro de capilla que dirige el coro. He visto también los corazones de los hombres, la felicidad de los que sirven a Dios, la tristeza y desgracia de los malos; y dije a los que se apartaban de Dios: ¡Romped las cadenas, pobres corazones! ¡Uníos a Dios! ¡Arriba los corazones!...*

Jesucristo está en el centro de tanta bendición de Dios. La Cruz brilla como un sol. Todas las cosas quedan unificadas y centradas en el Señor Jesucristo, que rompe las fronteras de los pueblos para que todos sean hermanos. Lo que dispersó y estropeó el pecado, ahora, con sobreabundancia de gracia, queda definitivamente redimido.

Como prenda de tanta bendición, Dios nos da su Espíritu Santo, que nos hace esperar con toda confianza la redención completa en la resurrección del día final.

Esta página de Pablo ha tenido en nuestros tiempos una intérprete maravillosa, la Beata Isabel de la Santísima Trinidad. Muerta muy jovencita en el Carmelo, había escrito: *Mi vida no quiero que sea sino una alabanza de su gloria.* Y, pensando en esa gracia a la que Dios le había elevado, escribía estas palabras sublimes:

- *Mi alma es un cielo donde yo vivo en espera de la Jerusalén celestial. He hallado mi cielo sobre la tierra, porque el cielo es Dios y Dios está en mi corazón.*

La Beata Isabel decía esto de sí misma, monja de clausura. Pero le escribía a su hermana, casada y madre de familia:

- *En medio de los cuidados de tus hijos, y agobiada y distraída por tus muchos deberes, entra en lo hondo de tu alma, donde mora el Huésped divino. ¿No es esto bien sencillo y consolador?*

Esto es entender esa página triunfal de Pablo sobre la Gracia. Para esto nos ha elegido Dios. Y esto es avanzar en la tierra la vida del Cielo que no acabará.

“¡Bendito sea Dios!”, empieza diciendo Pablo. Y nosotros tomamos estas palabras como un eslogan divino: *¡Bendito, bendito, bendito sea Dios, que tanto nos ha amado!...*